

# T estimonios: Jesusa Palancares



Fotografía de A. Carrillo Vázquez



Y desde entonces todo fueron fábricas y fábricas y talleres y changarros y piqueras y pulquerías y cantinas y salones de baile y más fábricas y talleres y lavaderos y señoras fregonas y tortillas duras y dale y dale con la bebedera del pulque, tequila y hojas en la madrugada para las crudas. Y amigas y amigos que no servían para nada, y perros que me dejaban sola por anadar siguiendo a sus perras. Y hombres peores que perros del mal y policías ladrones y pelados abusivos. Y yo siempre sola, y el muchacho que recogí de chiquito y que se fue y me dejó más sola y me saludas a nunca vuelvas y no es por ai María voltéate y yo como lazarina, encerrada en mi cazuela, y en la calle cada vez menos brava y menos peleonera porque me hice vieja y ya no se me calienta la sangre y se me acabaron las fuerzas y se me cayó el pelo y nomás me quedaron unas clavijas por dientes, rascándome con mis uñas, pero ya ni uñas tengo de tantos uñeros que me salieron en la lavadera. Y aquí estoy ya nomás esperando a que den las cinco de la mañana porque ni siquiera duermo y nomás se me revela todo lo que pasé desde chiquilla, cuando anduve de guacha y sin guarache, haciéndole a la revolución como jugando a la gallina ciega, recibiendo puros trancazos, cada vez más desmadejada en esta chingadera de vida... No necesito de ella porque si estoy enferma me atranco bien atrancada y aquí me estoy revolcando, sola, solita. No ando diciendo:

—¡Vénganme a untar saliva!

¡No, hombre! Toda la vida he sido así. Aunque esté mala, ando haciendo

---

*¿Dónde comienza Jesusa, dónde termina Elena? O al revés. Testimonio, escritura, el relato es enérgico o suave, a veces se ríe, otras maldice, su mexicanismo es una de las claves, divertido, gozoso, sufridor; el relato de "Hasta no verte Jesús mío" es testimonio y escritura de Jesusa Palancares y Elena Poniatowska.\**

---

mi quehacer. Me quejo porque soy de carne y hueso, estoy llena de jotes, con el alma en un hilo, pero no me doy. Por eso a la mera hora me iré a un cerro a que me ayuden a bien morir los zopilotes. Mientras tanto sigo yendo al taller a hacer limpieza. Apenas puedo subirme al camión de tanto que me duelen las corvas, pero nunca he dejado de trabajar ni porque me ande cayendo. Nunca. Desde chiquilla, así es de que para mí, no hay enfermedad que valga. Me quedo sola con mis ay, ay, ay, y ni quien me oiga. A nadie le doy lata. Digo "¡Ay!", pero aquí sigo en estos mundos de Dios, lavando mis overoles, limpiando los metales de la imprenta con gasolina, acomodando las cubiertas buenas y tirando las defectuosas,

---

(\*) *Hasta no verte Jesús mío*, Elena Poniatowska. Ediciones ERA, 20a. edición, 1982.

escombrando mi casa, yendo al establo por la leche, aunque ya sé que no hay remedio para mí. No tengo ni un cachito bueno, estoy vieja, vieja, vieja, todo es vejez, pura vejez. Si Jesucristo se quejó porque no se pudo aguantar, cuantimás yo que no soy más que basura.

En las otras épocas, por esos mundos de Dios, la vida se iba callandito y de a poquito, y duraba uno mucho en la tierra. Ahora para cuanta dolencia hay, trastrás: "Métale cuchillo." Y la gente hasta la vuelven idiota porque cortan lo que no y les dejan todos los nervios deshilachados como esos cables de luz que están ahí afuera sin conexión a ninguna parte. Quedan pelos porque les desenchufan tantos hilos que tenemos adentro del cerebro. ¿Qué hicieron conmigo en vez de curarme? ¿No me infelizaron con haberme sacado el líquido del espinazo...? Y luego me recetaron a lo loco:

—Si le duele la cabeza, se acuesta.

Pues ése no es más que un tenmeaquí, tenmeacá de los viejos pelafustanes que se dicen médicos. Dizque me iban a examinar el juguito ése que tiene uno en la columna. Pues supe más. Seguro me sacaron el tuétano, por eso estoy así apergaminada, por eso se me encogió la vida. Me desagüitaron. Me curé con la voluntad de Dios. Porque ¿quién me curaba? Ni quien me dijera: "Por ahí te pudres".

En la época primera nuestros abuelos caminantes comían legumbres y pescado. Sus antepasados bebían leche y miel en los ríos y les llovía alimento del cielo. Ellos no trabajaban, sólo caminaban despacio a no



cansarse. Pasaban los años pero ellos estaban fuertes, no se doblaban, tenían energía. Salen en las estampas con sus barbas blancas pero no están apergaminados ni jorronches porque la alimentación era buena, y se iba derecho al tuétano. Ahora con la refrigeración moderna, ¿de cuántos meses se come uno el pescado? Antes sacaban los peces del mar y enseguida los multiplicaban y todavía moviéndose los abrían, los limpiaban en la playa y a freirlos, fritos, fresquecitos. El ganado se mataba y en el mismo día se comía y se bebía su sangre caliente, roja. Y los corderos también se comían recién sacrificados, santiguados por la mano del Omnipotente Jehováh. Por eso los años no pasaban por nuestros antepasados.

Cualquier día ya no podré hacer nada y ni modo de decir: "Mi muchacho va a ver por mí". No, hombre, mejor me largo. Ya para qué le sirvo, estoy imposibilitada de lavarlos ni hervirle sus frijoles. Cuando no hay pozo más, agarro mi morral y como sé que en el camposanto no hay pozo para mí, me voy al cerro a que me coman los zopilotes. Me caen en gracia desde chiquilla. Hablo mucho de ellos porque me gustan. Son animales que a lo mejor mañana, pasado, voy a ser su pasto y quiero que ellos me coman en el campo. Ya parece que los estoy viendo volar en ruedas cada vez más bajito, cada vez más bajito. Son más o menos de la estatura de una pípila, iguales de negros y con la cabeza colorada también. Los jóvenes brillan bonito, como chapopote caliente. Esos son los que limpian los pueblos de las epidemias; viene la mortandad de la

indiada, de la caballada, de la juanada, del animalero de cristianos y de bestias y los zopilotes se lo embuchan todo. ¡Y ni los rumores! Ojalá los zopilotes también pudieran tragarse la maldad cuando nos dejan limpios como calacas, pero ésa siempre se queda en la tierra.

Es rete duro eso de no morirse a tiempo. Cuando estoy mala no abro mi puerta en todo el día; días enteros me la paso atrancada, si acaso hiervo té o atole o algo que me hago. Pero no salgo a darle guerra a nadie y nadie se para en mi puerta. Un día que me quede ahí atorzonada, mi puerta estará atrancada. Por eso le digo a Dios que me deje morir allá en la punta del cerro. Si Dios me cumpliera, no me costaría más que las fuerzas para remontarme al cerro. Pero como Dios no les da alas a los alacranes ponzoñosos, pues quién sabe. Yo se lo pido a El, pero si no, pues que se haga su voluntad. Tengo muchas ganas de irme a morir por allá donde anduve errante. ¡Que Dios se acuerde de mí porque yo quisiera quedarme debajo de un árbol por allá lejos! Luego que me rodearan los zopilotes y ya; que viniera a preguntar por mí y yo allá tan contenta volando en las tripas de los zopilotes. Porque de otra manera, se asoman los vecinos a mirar que ya uno está muriéndose, que está haciendo desfiguros, porque la mayoría de la gente viene a reírse del que está agonizando. Así es la vida. Se muere uno para que otros se rían. Se burlan de las visiones, queda uno despatarrado, queda uno chueco, jetón, torcido, con la boca abierta y los ojos saltados. Fíjese si no será dura esa vida de morir así. Por eso me

atranco. La dueña, la Casimira, tendrá que venir a tumbar la puerta para sacarme ya que esté tiesa y comience a apestar. Me sacarán a rastras, pero que me vengán aquí a ver y que digan si esto o lo otro, no, nadie... nadie... Sólo Dios y yo. Por eso no me quiero morir en el Defe sino por allí en una ladera, en una barranca como mi papá que murió en el campo abierto debajo de un árbol. Así me diera Dios licencia de caminar. Es muy bonito saber la hora de la muerte de uno. Y se lo pido a Dios para prepararme y caminar hasta donde sea su voluntad, y allí servirle de pasto a los animales del campo, a los coyotes, como Pedro el que fue mi marido. No es que no quiera que me entierren, pero pues quién quiere que me entierre. Dirán:

—En caridad de Dios, ya se murió esta vieja raza.

Yo no creo que la gente sea buena, la mera verdad, no. Sólo Jesucristo y no lo conocí. Y mi padre, que nunca supe si me quiso o no. Pero aquí sobre la tierra, ¿quién quiere usted que sea bueno?

Ahora ya no chingue. Váyase. Déjeme dormir